

historia de las mentalidades

georges duby

Traducción de
MARIA LUISA JARAMILLO

Desde sus comienzos la historia se ha considerado a sí misma sicológica. Ya sea como relato de acontecimientos singulares, y que, al quererlos explicar de una manera diferente a la de las intervenciones mágicas, hacía responsables de esos accidentes a algunos héroes, a algunos hombres excepcionales —y la causa común de sus actos, era necesario encontrarla en sus designios y en sus pasiones. Ya sea como genealogía, crónica escrita a la gloria de un linaje o de una comunidad, se preocupaba por distinguir unos de otros a los jefes de los grupos por sus virtudes o sus defectos individuales. Naturalmente, y por lo tanto ingenuamente, la historia se presenta como un estudio de los comportamientos y de las actitudes mentales cuando es drama, red de

intrigas, o bien biografía, modelo que es necesario imitar o ejemplo para no seguir, en fin cuando se esfuerza por desenredar los hilos de las negociaciones entre las potencias. Divertido o ejemplar, diplomático o moralizador, el relato histórico —el de Plutarco o el de Joinville como el de Commynes— da lugar al análisis más o menos sutil de los estados del alma.

La explicación por la
Sicología

Pero, nos damos cuenta, de que la sicología interviene entonces desde el exterior, como elemento de explicación, como interpretación subjetiva: el historiador, para comprender y para hacer comprender la conducta de su héroe, le atribuye tal deseo, tal movimiento de humor que le parece a él mismo natural, conforme a la que sería en las mismas

circunstancias su propia reacción. Si hace gala de alguna fineza, esta actitud no es demasiado peligrosa, a condición de que la historia que él cuenta sea contemporánea y se sitúe en un medio similar a aquellos que le son familiares. De esta manera las actitudes de San Luis no parecen demasiado deformadas a través de Joinville, las de Luis XI a través de Commynes, puesto que como pertenecían a la misma generación o casi, actuaban en un medio ambiente similar, los testigos y los héroes compartían sin duda las mismas maneras de sentir y de pensar. Pero cuando Plutarco trazó el retrato de Alejandro o el de Epaminondas, ¿tenía derecho a prestarle sus pasiones y sus prejuicios personales? Una historia preocupada por la exactitud podría utilizar su testimonio para conocer mejor la mentalidad del mismo Plutarco, y a través de él a los hombres de su tiempo, de su país y de su nivel cultural, pero de ninguna manera, por lo menos sin rigurosa crítica, la de su héroe. Porque él es sospecho-

* Tomado de: Encyclopédice de la Pléiade. L'Histoire et ses méthodes. Gallimard 1961. p. 937-966.

so de este anacronismo sicológico, que Lucien Febvre consideraba “el peor de todos, el más insidioso” —yo agregaría el más natural en cualquiera que no tenga el sentido del cambio histórico, o el límite de lo superficial, no lo extienda a las actitudes del espíritu, a cualquiera que no piense que los sentimientos, las emociones, los valores morales, los avances del raciocinio puedan tener también su historia.

Error común, tenaz, que siempre hay que temer. No le prestemos atención a esta pseudo-historia entregada sin vergüenza al público, bajo el pretexto de “grandes figuras”, de “mujeres célebres” o de “bastardos ilustres”. Abramos por ejemplo los *Études sur le regne de Robert le Pieux* de Christian Pfister. Un libro publicado en 1885 en la Biblioteca de la Escuela de Altos Estudios que se declaraba como la historia más seria, la más voluntariamente científica, y que por ello somete el contenido de las fuentes al método crítico más escrupuloso. Sin embargo el autor sitúa en el centro de su obra a la figura de un héroe del que conviene explicar los gestos. Ocurre que el rey Robert desposó a una mujer que era a la vez su comadre y su pariente, despreciando todas las prohibiciones religiosas, osando cometer lo que entonces se consideraba un incesto. ¿La razón de este extravío? Pfister responde: el amor pasión: “prendado de un amor insensato... Robert puso todo en marcha para llevar a la perdición al marido” de la que tomó luego por mujer, y “todo nos muestra que por su apego a Berta, causó una profunda pena a sus padres” (p. 47 y 50); así el comportamiento del rey del año mil se supone comparable al de un personaje de los dramas que el historiador científico podía aplaudir en el Boulevard. Pero la interpretación nos parece ingenua e imprudente, puesto que investigaciones recientes nos dejan entrever que en la época de Robert, el matrimonio, un asunto de toda la familia, se concluía sin que intervinieran los sentimientos individuales de los dos prometidos, ya que nos da dificultad imaginar al hijo del rey de Francia escogiendo esposa, la madre de un futuro soberano, contra el consentimiento de su padre; y si lo hubiera hecho, este último se hubiera

encolerizado y no entristecido. En pocas palabras, el amor, en el siglo XI —o lo que ocurriera— no era idéntico al sentimiento que Pfister y sus contemporáneos designaban con ese nombre, y sobre todo no cumplía la misma función en las relaciones sociales. Anacronismo... Sin embargo el abate Mably cuando meditaba sobre ciertas prescripciones de la costumbre feudal, ya adivinaba que las relaciones entre los sexos no habían estado siempre ligadas a las mismas disposiciones afectivas (*Observations sur l'histoire de France*, edición de Kehl, 1788, tomo III, p. 8).

Hacia una historia de las mentalidades

En efecto, durante el siglo XVIII comenzó a insinuarse en una conciencia histórica aguzada la idea de que así como las costumbres y las maneras de vivir, la actitud sicológica de los hombres tal vez no había seguido siendo similar en todas las épocas. Simple aplicación de la noción común de progreso: si se admitía que las sociedades humanas se habían ido separando del salvajismo para acceder a la civilización, era importante observar las etapas de esta educación progresiva, y se sentía por esto la necesidad de una “historia del espíritu humano”. Se sabe que Voltaire soñó con escribirla, pero en verdad fue esbozada mucho más tarde. Además, los comienzos de esta empresa se limitaron al estudio de las facultades superiores del alma; fueron en efecto, en el tercer tercio del siglo XIX, los lentos perfeccionamientos de la historia de las artes y de las literaturas las que prepararon el camino para una historia de la sensibilidad —durante mucho tiempo considerada por otra parte torpe, subjetiva, imperfecta; en el mismo momento, la nueva atención dada a la relatividad de los fenómenos religiosos invitaba a considerar las creencias en su evolución, por lo tanto a explorar igualmente en la duración de otros terrenos de la vida interior. Sin embargo, tales búsquedas continuaron mucho tiempo obstaculizadas por las tradiciones de una historia-teatro, drama conducido

entre algunos protagonistas de primer plano, por la noción misma del personaje histórico cuya presencia influye en el curso de los acontecimientos y también por la idea simplista de un progreso continuo, lineal, fácilmente identificado a lo que se suponía entonces del crecimiento de los individuos desde la infancia hasta la madurez. Pero ellas fueron frenadas aún más por el desarrollo insuficiente de la ciencia sicológica, que casi no proponía sino modelos individuales y abstractos. Fue el desarrollo de las ciencias jóvenes del hombre el que, mucho más recientemente, permitió el verdadero punto de partida.

Mientras que, muy lentamente, en los albores del siglo XX, la nueva preocupación por los fenómenos sociales, así como la infiltración de concepciones marxistas, arruinaron poco a poco en el espíritu de los historiadores la consideración dada a los grandes hombres, invitándolos a trasladar su atención del individuo hacia el grupo, a observar los momentos colectivos, a desdeñar los simples acontecimientos, los accidentes superficiales, les hacía perceptible otro ritmo de la historia de oscilación más amplia y en ese momento nacía la sociología. Con sus primeros progresos se expandió la idea de “conciencia colectiva” lanzada por Durkheim —noción tosca pero estimulante— y que los sicólogos retomaron y afinaron. Sus trabajos hicieron entrar en uso la palabra “mentalidad” (“término filosófico” dice todavía Littré, que cita apoyándose en un tratado de filosofía positiva publicado en 1877). Nombrar “la manera general de pensar que prevalece en una sociedad”, era preparar el estudio de actitudes mentales que ya no fueran solamente consideradas como particulares a tal individuo, sino más bien comunes a todo un grupo. Era unir fuertemente las representaciones colectivas y las conductas personales al estado de una sociedad y por lo tanto a su historia. La noción misma, muy criticable, de pueblos “primitivos” y de pueblos evolucionados situaba estas investigaciones en la duración. En su *Introducción a la psychologie collective*, Charles Blondel afirmaba en 1928 que “no se trataba de obstinarse en determinar de plano las maneras uni-

versales de sentir, de pensar y de actuar”. Así se les lanzó la pelota a los historiadores.

La respuesta vino de Lucien Febvre. En la “*Revue de synthèse historique*”, se liberó de una concepción puramente acontecimental de la historia y captó la necesidad de una estrecha colaboración de los historiadores con los otros observadores de los fenómenos humanos; especialmente atento a la sicología por la orientación de sus investigaciones hacia la historia de las ideas y las creencias, proclamó desde 1922 la superioridad de una historia social: “el hombre no, nunca el hombre, las sociedades humanas, los grupos organizados” (*La Tierra y la Evolución humana. Introducción Geográfica a la Historia*. Uteha, México, 1955). Lo que hizo de su *Lutero*, publicado en 1928, el modelo de las biografías, puesto que ese “destino” individual parecía determinado a la vez por el desarrollo de una personalidad y por su respuesta a las presiones, a los rechazos, a las ofertas de un medio ambiente intelectual y afectivo, minuciosamente analizado. Ligado por amistad con los sicólogos Charles Blondel y Henri Wallon y esforzándose por extender entre los historiadores los resultados de sus trabajos, Lucien Febvre esbozó por fin las grandes líneas directrices de una historia de las mentalidades en dos artículos de método que hizo aparecer, uno —*La Psychologie et l'histoire*— en 1938 en el tomo VIII de la *Encyclopédie française*, el otro —*la Sensibilité dans l'histoire*— en 1941 en los “*Annales d'histoire sociale*”, (artículos reproducidos en *Combats pour l'histoire*, (*) París, 1953, bajo los títulos “Une vue d'ensemble. Histoire et psychologie” y “Comment reconstituer la vie affective d'autrefois? La sensibilité et l'histoire”). Invito al lector a remitirse a estas dos importantes exposiciones: no hubiera habido sin duda nada que agregar allí, si los rápidos progresos que se han llevado a cabo estos últimos años en ciertas ciencias

* Artículos desgraciadamente no incluidos en la edición española de *Combates por la Historia*, Ariel, Barcelona 1970.

del hombre no obligaran a prolongar aquí y allá las perspectivas que abren.

El aporte de la sicología social

Es, en efecto, aliándose con las disciplinas vecinas, (Lucien Febvre no dejó de combatir por esa alianza), solicitándolas, como tratando de responder a sus interrogantes y a sus proposiciones, como la historia progresa —y tanto más rápido cuanto que sus aliados la empujan, la jalonan más vivamente. Ahora bien, en el pelotón de los compañeros de ruta, los historiadores deben, en mi opinión poner una atención particular a una de estas ciencias irresistibles, especialmente joven y conquistadora: la sicología social. Fundada en los Estados Unidos y muy recientemente introducida en Francia, formada empíricamente, frente a los problemas prácticos y concretos de la publicidad, la educación o la propaganda, fue inmediatamente llevada a considerar que toda conducta individual responde a cierta “situación”, y por consiguiente no puede comprenderse sin que se examine muy de cerca el medio ambiente. Encontraremos una exposición sugestiva del método en el tratado principal de G. H. Mead, *Mind, Self and Society* a propósito del cual podremos consultar también la obra de D. Victoroff, *G. H. Mead, sociologue et philosophe*. De hecho, la sicología social enseña que no se puede aislar una personalidad del grupo que la encierra —o más bien grupos—, puesto que ellos son múltiples y están entrelazados los unos con los otros. El hombre en el seno del grupo, tal es su objeto.

La sicología social podría en primer lugar ofrecer a los historiadores nuevas técnicas de observación, o más exactamente medios más perfeccionados para probar e interpretar los testimonios. Como ella quiere captar al hombre de hoy viviendo en sociedad, y como se dedica sobre todo al estudio de la “información”, es decir las comunicaciones entre los individuos y el grupo, sus dos herramientas predilectas son la entrevista y el cuestionario. Pero ya que debe

interrogar a numerosos testigos, se encuentra situada ante un material documental muy abundante. De esta masa de respuestas, debe extraerse algunas enseñanzas simples, cuidándose de no alterar el testimonio durante esta simplificación necesaria, esforzándose por conservarle su pureza y su diversidad. Esta doble necesidad ha conducido a los sicólogos, con la ayuda de matemáticos y de lingüistas, a mejorar singularmente los métodos de encuesta. Por una parte, para permitirse confrontar útilmente una multitud de índices, y también para confiar los documentos, ya sea a auxiliares que trabajan en equipo o a máquinas, ellos buscaron —y todavía tratan de buscar— los medios de aislar los elementos documentales que puedan contarse y que sean de igual valor, al reducir su información en unidades susceptibles de utilización estadística. A esto se agrega la preocupación por evitar que la interrogación deforme el testimonio, ya sea por la intervención de la personalidad del encuestador, que, por la manera como hace las preguntas, arriesga inconscientemente a orientar las respuestas, ya sea por la sola influencia del interrogatorio, que sitúa el testigo en una situación inhabitual y modifica su comportamiento. A este deseo de objetividad, a esta necesidad de selección cuantitativa responden por ejemplo el “análisis de contenido”, elaborado por los especialistas de la opinión pública y de la propaganda (en particular por B. Berelson en *Content Analysis in Communication Research*, y en un artículo aparecido en *Handbook of Social Psychology*, publicado por G. Lindzey, en Cambridge, Mass.) o el “análisis de las estructuras latentes” de P. F. Lazarsfeld (en *The American Soldier*, t. IV, Princeton, 1950 y en *Mathematical Thinking in the Social Sciences*) que se propone alcanzar en profundidad, bajo el velo de las respuestas desviadas por el mecanismo mismo de la encuesta, las “actitudes latentes” auténticas.

Ciertamente, las preocupaciones del historiador no son idénticas. Con excepciones, los testimonios que él explota son mucho menos abundantes; cuando llegan a él, están sin vida, inmóviles y las preguntas que él les hace no corren el riesgo de alte-

rar el contenido. Y si el ejemplo de la historia económica y de otras ciencias humanas invita a buscar más exactitud por un recurso al número, ¿es útil reducir forzosamente a cifras y a cantidades medibles todos los fenómenos sociales? Sin embargo, estas técnicas, a pesar de su complejidad, su pesantez y la lentitud misma de la puesta en marcha que es actualmente su más grave defecto, merecen gran atención, especialmente de parte de los historiadores de un pasado reciente que tienen que manejar una documentación más pesada y que disponen de series cuantificables. A condición de adaptarlos a las condiciones particulares de la investigación histórica, estos métodos aún imperfectos pueden facilitar la interpretación de ciertos datos y en particular la utilización de una fuente tan rica como es el vocabulario. Finalmente, los historiadores de las mentalidades no podrían quedarse indiferentes frente a las investigaciones cautivantes que efectúan los especialistas de las matemáticas sociales: los esquemas, los "modelos" que éstos construyen, pueden en efecto permitir aislar y observar mejor ciertas conductas de psicología colectiva, al menos aquellas que en el comportamiento de la sociedad, participan de la lógica, es decir de la ceremonia y del rito.

Este contacto con los sico-sociólogos vale en todo caso para la historia de las actitudes mentales y los comportamientos por ampliar singularmente su campo de observación; lo incita a hacerse otras preguntas, lo introduce en nuevas pistas. Ya no se puede contentar con la noción demasiado simple de "conciencia colectiva". Porque la psicología social muestra que lo importante es el diálogo entre yo y otro, la relación entre síquismo individual y medio ambiente social; ella pone en evidencia la acción que ejercen sobre la formación de las personalidades los marcos de actividad mental propuestos por el grupo a todos los individuos que lo componen; ella deja entrever menos confusamente cómo, en ciertos casos, son las respuestas individuales las que, por su lado, modifican el medio cultural (cf. M. Dufrenne, *la Personnalité de base*). Dialéctica sutil —y, en la misma medida en que ella la estudia, la psicología social se pro-

longa naturalmente por una historia de las mentalidades que no es otra, en efecto, que la observación, pero a una distancia más grande y en otros ritmos, situaciones, relaciones entre las personas y los grupos y las modificaciones que ellas engendran. Una historia como ésta se ligará pues, en la medida en que su material documental le dará los medios, con este mismo movimiento dialéctico; estará alternativamente, o mejor simultáneamente atenta a los "modelos" culturales y a las reacciones personales; querrá ser al mismo tiempo social y biográfica; observará en sus relaciones a las civilizaciones y a los destinos individuales. Y para volver a Roberto el Piadoso y a su matrimonio (tomaré la mayor parte de mis ejemplos de la Francia medieval que me es especialmente familiar), esta historia sabrá llevar la investigación sobre las estructuras familiares en la Francia del Norte inmediatamente y después del año mil, es decir sobre los marcos que se imponen a todos, pero al mismo tiempo, despejar la personalidad del soberano y lo que, en sus alianzas sucesivas, tiene que ver no solamente con sus escogencias individuales, sino con su situación particular de ungido del Señor (que no puede malcasarse, pero que también debe respetar ciertas reglas religiosas muy estrictas, y que tampoco fue educado como cualquiera de sus contemporáneos); observará finalmente las repercusiones de las decisiones reales y se dedicará a medir, por ejemplo, las resonancias del "incesto" en el medio ambiente, el grado de escándalo, las fuerzas de resistencia, y cómo el recuerdo de este acontecimiento pudo luego orientar la evolución de los espíritus...

Un recorrido como éste, este vaivén constante de lo colectivo a lo personal, es posible, por supuesto, sólo si las fuentes de información lo permiten. De hecho, la empresa se encuentra contenida en límites demasiado restringidos porque, cuando uno se aleja un poco de los tiempos contemporáneos, el número de hombres de los cuales uno puede analizar con una precisión suficiente el comportamiento individual disminuye muy rápido. Los que quedan son las personalidades excepcionales, los personajes célebres, jefes, santos o genios, Lutero o Roberto el Piadoso.

Este último porque era rey, tuvo sus biógrafos, pero contaríamos en los dedos los contemporáneos que, en la cristiandad occidental, podrían ser vistos de cerca. Personalidades de excepción, por lo tanto anormales.

¿Qué pensaba, qué sentía, cómo reaccionaba el individuo común? La investigación aquí, casi siempre, se hunde en tinieblas insondables.

Estudio de grupos

Por lo menos el medio que rodea a estos personajes se presta mejor a la observación, de este lado los documentos son más locuaces, o más bien, son infinitamente más numerosos; así los resplandores se reencuentran, se completan, disipan todos juntos la oscuridad. He aquí entonces el terreno de elección de la historia de las actitudes mentales.

La palabra medio es por otra parte engañosa; es necesario hablar de medios diversos. Porque si tomamos prestado de los sico-sociólogos la cómoda noción de situación, percibimos que en el mismo momento todos los individuos de un mismo conjunto social, por poco que esté presente alguna complejidad, no están localizados en una situación comparable, no están sometidos a las mismas influencias exteriores y que el mismo individuo, integrado a múltiples y diversos grupos, sufre por su parte presiones diferentes. Tomo el caso de dos hombres del siglo XI cuyas personalidades adivinamos porque dejaron una obra escrita. Raoul Glaber y Helgaud. Tenían sensiblemente la misma edad; los dos querían contar lo que sabían de la historia de su tiempo y hablaron, en particular, de Roberto el Piadoso; ambos eran monjes y de monasterios muy importantes habían recibido sin duda una formación intelectual análoga —y sin embargo sus libros revelan sentimientos, ideas y reacciones diferentes. Raoul Glaber estaba abierto al vasto mundo; había viajado y encontrado muchos hombres de primer plano; había visto mucho, oído, retenido, y como también había leído muchas obras de toda clase, trató de introducir sus recuerdos en el marco ambi-

cioso de una filosofía de la historia y trató de escribirlas en un lenguaje complejo, inflado de preciosidad. El otro, Helgaud, de Saint-Benoit-sur-Loire, se limita a narrar la historia del rey de Francia, benefactor de su monasterio, hermano medio de su abad y casi no se preocupa sino de liturgia y devoción. ¿Diferencia de personalidad? Ciertamente, pero sobre todo diferencia de clima: allá, una comunidad con horizontes amplios, la voluntad de proseguir la tradición de gran cultura instituida en los tiempos carolingios; aquí, por el contrario, el repliegue en el claustro y en la salmodia, el rechazo...

Además, se trata de dos medios muy próximos y que se sitúan en el mismo nivel cultural. Pero las oposiciones entre los grupos son por lo general mucho más tajantes. He aquí dos hermanos, nacidos de una familia noble del siglo XII. Uno entró a la Iglesia y sucedió a uno de sus tíos en el capítulo catedralicio de la diócesis; el otro, a los catorce años recibió las armas y fue admitido en la banda de los caballeros del castillo vecino. Se siguieron encontrando a menudo y trataban juntos los asuntos del linaje; su manera de vivir era casi idéntica. Sin embargo, no hablaban el mismo lenguaje —porque el primero, por su función, por la formación especializada que recibió en la escuela capitular, por medio de los libros que sabe leer, las personas con las que se codea, por el hábito que tiene de transponer su dialecto al latín, penetra en un universo mental particular, que posee su lógica y sus representaciones propias. ¿Más complejo y más rico? No necesariamente. Su hermano, en efecto, se quedó en el mundo militar, si se unió a una pequeña tropa de camaradas en la aventura de la cruzada, o si, en la corte de su señor donde va a las audiencias, se inició en las sutilezas de la costumbre jurídica, si percibió en las más amplias reuniones mundanas algunos reflejos de las diversiones cortesanas, o incluso simplemente al volverse más experto en la caza, en la guerra, en la conducción de los caballos, pudo también enriquecer sus conocimientos, afinar su sensibilidad, enriquecer su vocabulario. De todas maneras, tanto para el uno como para el otro, la actividad mental es sin duda sensiblemente menos ru-

dimentaria que para su hermana soltera, que permaneció en la casa del padre y que vivió con las sirvientas, y mucho menos pobre que la de los campesinos que trabajan sus tierras y de los cuales ellos apenas si comprenden su jerga, pero que sin embargo participan con ellos en la comunidad del pueblo, asisten al lado de ellos a ciertas ceremonias religiosas.

Otras diferencias se refieren a la geografía, a la situación con relación a las corrientes de relaciones. Existen, y lo hemos percibido a propósito de Helgaud, medios culturales cerrados, que por prejuicios dan la espalda al mundo, pero existen también cantones separados, mal unidos a las grandes vías y las grandes encrucijadas en donde por el contrario todo llega y donde el espíritu obtuso recibe alguna luz de afuera. Oposición a todo lo largo de la historia, y para cada uno de los niveles en donde la fortuna sitúa a los hombres, entre una mentalidad rústica y una mentalidad urbana. Pero es también una franca oposición entre las ciudades de regiones activas y las ciudades de zonas replegadas. De esta manera vemos claramente, por los trabajos de Philippe Wolff (*Commerces et marchands de Toulouse*) y de Armando Sapori (*le Marchand italien au Moyen age*) que los comerciantes tolosanos de fines del siglo XIV estaban lejos de compartir todos los gustos, todas las curiosidades, todos los apetitos de los comerciantes de Florencia. Se trata de medios geográficos que se quedan atrás, otros —el París de Alberto el Grande, el Aviñón de Petrarca y de Simone Martini— que están en el primer plano de la vanguardia. Notemos bien que estos son los últimos que aparecen en la luz más viva. El historiador también debe evitar cuidadosamente dejarse fascinar por ellos, si no quiere, aquí también, escribir solamente la historia de lo excepcional. Su atención no debe desviarse de todo lo que estos centros activos conllevan más o menos rápido. ¡Justamente, el estudio de este impulso es apasionante! Cómo se propaga el estremecimiento desde ciertos puntos de elección, cómo penetra en profundidad a través de los niveles culturales superpuestos. Y a precio de cuáles abandonos, de qué deformacio-

nes. De esta manera imaginamos lo que podría ser una investigación sobre el sentido de la precisión numérica, preocupada por captar su afinamiento progresivo en los diversos grupos sociales por la adopción —¿con qué retardo?— de usos en práctica en primer lugar en el pequeño mundo de los intelectuales, en los medios de la finanza y del comercio, por medio de la difusión de cifras y de instrumentos de medida —de espacio, de tiempo, de masa— por la costumbre del cálculo, por la modificación de los hábitos mentales y de los ritmos de vida que ella determina.

Las diferentes cadencias

Pero de este modo, el tener en cuenta la diversidad de los grupos es decir de una cierta estratificación social, al mismo tiempo que de una plasticidad variable del medio geográfico, conduce inmediatamente —y por la idea misma de vanguardia y de tropas que siguen— a tomar en consideración otra dimensión propia de la historia, la duración. Lo que permite a los historiadores pagar su deuda, para ayudar luego a los sicólogos y sociólogos a perfeccionar sus métodos, para mejor plantear sus problemas, es invitándolos a pasar naturalmente de la diversidad de los grupos a la diversidad de las cadencias.

Conviene en efecto aplicar al estudio de las mentalidades el esquema propuesto por Fernand Braudel, que invita a distinguir en el tiempo revolucionado diferentes grados, y especialmente tres grandes ritmos de duración —dicho de otra manera tres historias—. (En último lugar en "Annales, Economies, Sociétés, Civilisations", *Histoire et sciences sociales: la longue durée*, y en *Traité de sociologie* publicado por G. Gurvitch, *Histoire et sociologie*). Microhistoria, "atenta al tiempo breve, al individuo, al acontecimiento", la del suceso y del drama, la de la superficie —historia de las oscilaciones de media amplitud, separadas por períodos de algunos decenios, que pudiéramos llamar "coyuntural" tomando prestado este término a los historiadores económicos que fueron los

primeros que lo observaron— historia más profunda, finalmente “de larga y aún de muy larga duración” que, cuenta por siglos. Porque los movimientos que conllevan la evolución de los comportamientos y de las actitudes mentales son también más o menos rápidos. Algunos son vivos y superficiales: enriquecimiento de los recuerdos cotidianos, resonancia de tal accidente, de tal percepción insólita que gana poco a poco. Este grado de la duración corta es el de los tumultos bruscos, las emociones populares, de origen político o religioso, agitación de opinión, resonancia de un discurso, de un sermón, del simple paso de una personalidad excepcional que, por su presencia, por lo que irradia alrededor de ella, libera tal pasión, hace emerger en la conciencia tal concepto todavía inexpresado, éxito de un libro en un círculo estrecho de sabios o de pensadores, escándalo de un cuadro en un grupo de artistas. Es sobre todo en el nivel de esta “micro-historia” en donde se establecen las relaciones entre los grupos y las personas; reacción del medio colectivo a la acción de un individuo, reacción del individuo a las presiones exteriores. Ya he dicho que la penuria y aún más la desigual densidad de los documentos tornaban difícil la observación para las épocas antiguas. Pero cuando por suerte esta puede ser precisa, el estudio es singularmente revelador. Suceso: el 2 de marzo de 1127 asesinan a Carlos el Bueno, conde de Flandes, Galbert de Bruges comienza a contar el drama; es un hombre instruido, que sabe mirar, inteligente, pero no más, es un representante de un numeroso grupo de administradores de condición eclesiástica; analizando su relato, Jean Dhont logró aclarar ciertas actitudes de su espíritu: a través de esta respuesta individual a los requerimientos de un acontecimiento, toda una región de la mentalidad común se revela. (*Une mentalité du XII^e siècle*, Galbert de Bruges en “Revue du Nord”, y *les Solidarités médiévales. Une société en transition: la Flandre en 1127-1128* en “Annales, E. S. C.”).

Sensiblemente más abajo se desenvuelve una evolución de ritmo mucho menos precipitado, y cuyas ondas más amplias animan esta vez a todos los grupos que se dejan llevar

más o menos fácilmente. Ellas se acomodan a la marcha de toda la civilización, reaccionan a las modificaciones concomitantes de los marcos económicos, sociales y políticos. Estos movimientos, según los períodos, se aceleran o disminuyen, pero son generalmente flexibles, sin sacudidas sensibles y no son, como la agitación de la superficie, sacudidas por súbitas tempestades. Influenciados por ellos los hijos no razonan como sus padres, orientan sus entusiasmos o su agresividad hacia otros objetos —y no podemos captar estos cambios sino por sondeos en intervalos lo suficientemente amplios. Por ejemplo, si se examina primero en 1180, luego en 1250 las maneras de sentir, de pensar, de expresarse del caballero francés, o mejor del caballero de tal o cual provincia de Francia, aparecerán transformaciones muy profundas: en el primer sondeo, nadie o casi nadie sabe leer, y en el segundo todo el mundo o casi todo el mundo —y qué contraste, después de las primeras infiltraciones de la predicación franciscana, en la tonalidad del sentimiento religioso. Transformaciones que conviene enseguida poner en relación con las otras modificaciones de todo género de vida, ya se trate del lugar de existencia —casa rural o habitación urbana— o de las condiciones de información —modos de educación, encuentros, viajes—. Estos sondeos son menos difíciles e inciertos que el estudio de los accidentes, porque el campo de observación es más abierto y los documentos son menos escasos. Es así como podemos seguir, en los medios evolucionados, en la producción de artistas y de literatos preocupados por responder a las expectativas de su público, los cambios de la moda y del gusto, —y “el gusto en su forma consciente, merece fijar la atención del historiador, porque propone una actitud espiritual ante el problema del mundo” (cf. *Combats*, de L. Febvre). Y también se puede utilizar, en este nivel de la duración, el precioso testimonio del lenguaje, cuyas transformaciones están ligadas a las de las mentalidades —a condición de medir más de cerca las discordancias que siempre existen, en un sentido o en el otro, entre la evolución semántica y los cambios de psicología que ella expresa o suscita.

Quedan finalmente los marcos mentales más resistentes a los movimientos, esas “prisiones de larga duración” de las que habla Fernand Braudel, que durante siglos determinan, generación tras generación, las actitudes profundas y las conductas de los individuos. Herencia cultural —presión, por ejemplo, que ejercen los “autores”, los “clásicos”, las obras maestras ejemplares— sistemas del mundo y creencias —representaciones religiosas— modelos de comportamiento, virtudes, como el patriotismo o el honor. Reunidos, confieren a cada larga fase de la historia de una civilización su tinte particular. Así, a propósito del bello libro en el que Huizinga quiso en otro tiempo resucitar el espíritu de la Edad Media que declinaba, Lucien Febvre se preguntaba si uno no podía reconocer en la historia “los períodos de vida intelectual predominante que sucedían a períodos de vida afectiva particularmente desarrollada” (*Combats*). Estos marcos en efecto no son completamente inmóviles; conocen también sus cambios, pero son más lentos. Parece que proceden por mutaciones bastante bruscas separadas por largos períodos estables: hay momentos en que las envolturas completamente resacas se caen por sí mismas, descubriendo entonces las nuevas cortezas que se formaron en profundidad en respuesta a necesidades más recientes pero que a su vez se endurecerán, envejecerán y se desprenderán. “Grandes revoluciones de mentalidades que ritman la historia de la humanidad” (*Combats*). Finalmente, más bajo todavía, encontramos las estructuras mentales que, unidas a las condiciones biológicas son, inmóviles, o por lo menos se modifican al mismo tiempo que los caracteres de la especie, es decir por un movimiento tan lento que se nos escapa.

Diversidad de grupos, diversidad de cadencias. Y agregaría: diversidad de ritmos en todos los niveles de la duración y para cada sector del espacio, para cada uno de los múltiples pliegues que componen una sociedad... El instrumento de observación, como vemos, exige además de una extrema atención y de elaboraciones permanentes: la historia de las mentalidades no es la más fácil, incluso en el plano de la larga duración, sin

embargo el más accesible. Además, no puede comprometerse de entrada con un terreno no preparado, sin investigaciones de partida puestas en contacto con otros terrenos de la investigación histórica, en alianza con las disciplinas de apoyo. Todas las épocas, todos los medios no reclaman una preparación idéntica. Esta depende del estado de la documentación y cada estudio, evidentemente, debe establecer su propio cuestionario, avanzar en su propia marcha. Por lo menos, parece que se puede proponer una preparación previa en tres direcciones maestras.

El instrumental mental

Una primera avenida (de hecho la que primero se abrió, porque es demasiado pronto para sugerir un orden de prospección, como para proponer reglas de método particulares a la historia de las mentalidades) conduce al examen de lo que, en el título del primer volumen de la *Encyclopédie Française*, Lucien Febvre llamaba, desde 1935, el instrumental mental. “En primer lugar inventariar en detalle, luego recomponer, para la época estudiada, el material mental del que disponían los hombres de (tal) época...” (*Combats*), Lucien Febvre trató de hacerlo él mismo en su *Rebelais*, en algunas decenas de páginas admirables, en la Francia de los albores del siglo XVI (*El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais*); * un poco antes Marc Bloch, al situar a la sociedad feudal en su “atmósfera mental”, había iniciado la investigación (*La sociedad feudal. La formación de los vínculos de dependencia*). *

Entre estos “instrumentos”, cuyo estudio, en efecto, se impone, se encuentra en primer lugar el lenguaje —entendamos los diversos medios de expresión— que el individuo recibe del grupo social en el que vive, y que sirven de marco a toda su vida mental. ¿Cómo penetrar en la conciencia de los hombres de tal medio, cómo explicar su conducta, las relaciones

* Ed. Uteha, México, 1959.

* Ed. Uteha, México, 1958.

que mantienen, cómo tratar de ver el mundo y al prójimo por sus mismos ojos, sin conocer el vocabulario que emplean —o más bien los vocabularios porque muchos hombres utilizan varios, adaptados a los diferentes grupos en los que se insertan— sin disponer de un inventario sistemático y cronológico de las palabras? Aun cuando la historia de las mentalidades no puede progresar sin la intervención de los lexicólogos, espera de ellos —e impacientemente, los presiona para que utilicen todos los nuevos recursos de las computadoras— las listas, los inventarios de vocablos. Ella saca partido de estos datos fundamentales y, al utilizar los progresos recientes de la lingüística, en particular la noción de campo semántico, se dedica no ya a los términos aislados, sino a los agrupamientos, relaciona las expresiones claves y lo que las rodea, para hacer aparecer las constelaciones verbales a las cuales están unidas las articulaciones mayores de la psicología colectiva. Encontramos ejemplos de utilización para la Edad Media en la obra de J. Trier, *Der deutsche Wortschatz im Sinnbezirk der Verstanden*, en el de Hollyman, *le Développement du vocabulaire féodal en France pendant le Haut Moyen âge. Etude sémanitique*, y en mi informe en “Annales, E. S. C.”. (1958). Y es necesario todavía esforzarse por captar este vocabulario en su movimiento, observar por consiguiente, en cada medio cultural, su enriquecimiento —o más exactamente su renovación, porque los olvidos, los abandonos tienen tanto interés como las adquisiciones—, y situar de esta manera los momentos en donde bruscamente se introducen grupos de términos nuevos, forjados o prestados de otros lenguajes, mientras que ciertas palabras, más lentamente, salen de uso. Estos momentos de mutación lingüística están en cierta relación con las grandes oscilaciones de mentalidad. Pero frecuentemente —y entonces la investigación se vuelve más sutil— el cambio se opera de manera menos aparente: las palabras quedan, mientras que bajo la envoltura inmóvil su sentido se modifica insensiblemente.

De todas maneras, la interpretación del vocabulario es tanto más delicada cuando más antigua es la época

ca —y, ante los datos del lenguaje, la posición del historiador no es de ninguna manera similar a la del observador del mundo presente. Porque el vocabulario que le dan sus fuentes es siempre un vocabulario artificial, estilizado, muy diferente de los dialectos utilizados en la vida cotidiana y que sirven de molde al pensamiento común; ya se trate del lenguaje de las inscripciones, monumentales, o el de los actos oficiales y el de las piezas de los archivos, prisionero de fórmula, o el de las obras literarias, lleno de artificios, es siempre un vestido de gala imperfectamente ajustado o que molesta. Consideremos el vocabulario del mundo feudal, que ya ha sido objeto de algunos estudios de aproximación (*La Sociedad feudal*, tomo I de Marc Bloch, o *Qu'est-ce que la féodalité* de F. L. Ganshof), sin duda porque los medievalistas tienen la ventaja de poder utilizar léxicos, muy imperfectos pero muy preciosos, el inestimable Du Cange, el Blaise, el Godefroy, y el muy reciente Niermeyer. A través de estos estudios se empieza a discernir la historia de algunas expresiones mayores; las vemos penetrar en particular en el uso de la época carolingia e instalarse allí durante largos siglos; se adivinan sobre todo las perspectivas de una investigación más sistemática, más atenta a los préstamos, a las deformaciones semánticas, más preocupada por fecharlos con exactitud y observar en su diversidad regional una evolución que está lejos de haber sido uniforme en todas partes. Sin embargo, todas las palabras que han llegado hasta nosotros son las que los profesionales de la escritura, los redactores de cartas, los cronistas o los poetas, y que han transpuesto, traducido —con toda evidencia— cuando al pensar en lengua vulgar escribían en latín esforzándose por la elocuencia o por el respeto de los ritos verbales, pero igualmente se expresaban en la lengua artificial de las obras literarias. Ciertamente el vocabulario de las lenguas escritas se ha adaptado constantemente para corresponder más estrechamente al de las palabras, pero sin que nunca el desfase desaparezca completamente, sin alcanzar en su propio y continuo cambio el habla de todos los días. Retardo de evolución, pero ¿cómo evaluarlo? Si los especialistas que

redactaban las actas públicas en la Borgoña meridional dejaron un poco después de 1100 de emplear la palabra *servus* para designar a los campesinos que dependían enteramente de un amo es que el lenguaje corriente y particularmente el de las asambleas de justicia había abandonado decididamente la palabra que normalmente se traducía así. Pero es imposible saber desde cuándo el uso se había perdido, y durante cuántos años la inercia, la fidelidad a fórmulas tradicionales había mantenido, fijada en la escritura, una noción que ya no se comprendía. Siempre subsiste una pantalla, cuyo espesor no se deja medir. La distancia, en todo caso, es aún más grande con relación a los hombres de los cuales deseáramos alcanzar la expresión espontánea al estar ellos mismos más alejados de la cultura escrita. Un tratado de teología del siglo XIII permite captar sin demasiada deformación los mecanismos mentales de su autor, que, sin duda, pensaba en las formas mismas de su redacción. Ya el testamento que, en su lengua, un caballero dicta en su lecho de muerte, o la deposición de un testigo que recoge un escribano forense, establecen una distancia más grande; el escriba intermediario interpreta en efecto algunas veces lo que oye, modifica tal frase para introducir la mejor en las fórmulas que le son habituales o que el uso le impone. ¿Pero cuál reflejo podríamos recoger del habla de los campesinos de la antigua Francia que nunca escribían, y que los escritores profesionales, antes de Restif de la Bretonne, podían apenas comprender?

Dentro de estos límites, la historia de las mentalidades espera sin embargo de los especialistas del vocabulario, el más útil sin duda y el más rico de sus materiales. Ella no debe desdeñar tampoco la sintaxis, que guía los mecanismos del espíritu. Al estudiar el régimen de las proposiciones temporales del antiguo francés, Paul Imbs, a propósito del sentimiento que podían tener los hombres de finales de la Edad Media sobre la duración pudo así proponer hipótesis diferentes de las de Lucien Febvre (*les Propositions temporelles en ancien français. La détermination du moment. Contribution à l'étude du temps grammatical fran-*

çais). Pero dejemos aquí a la lingüística que en este volumen es objeto de un estudio particular. Invitemos más bien a no desdeñar otros procedimientos de expresión, aquellos, por ejemplo, que traducen las cantidades, los números, las cifras. ¿Quién, en tal grupo sabe contar, y cómo? ¿Tal señor era capaz de conocer el número de vasallos que le debían el servicio armado, de evaluar las fuerzas de sus adversarios, de hacerse una idea no demasiado vaga del monto de su tesoro y de sus recursos en plata, por lo tanto de establecer un plan de campaña o de reglamentar su gasto? ¿Tenía para ello los medios intelectuales? Y, en primer lugar, ¿se preocupaba por ello? Se ve cuán útil es poder calibrar en tal grupo social, el grado de precisión mental, y por consiguiente de inventariar los procedimientos empleados para medir, en cifras árabes y en cifras romanas, o en simples tallas en una pieza de madera, unidades de longitud, de peso, de superficie, fijas y variables, concretas o ideales, estrictas o vagas. Medidas también del tiempo, del espacio, es decir medios para tomar las dimensiones del mundo. Lo que lleva, a profundizar aún más, a esbozar una historia de la percepción, a emprender esta "lista de estudios cautivantes sobre el soporte sensible del pensamiento en las diversas épocas" con los que soñaba Lucien Febvre (*Rebelais*). El mismo se puso en la tarea, apoyándose en los testimonios literarios, supuso que entre los intelectuales del siglo XVI la vista estaba retrasada con relación a los otros sentidos. En verdad, en este terreno, antes de soñar con interpretar los testimonios con la ayuda de los psicólogos, es necesario coleccionar y escoger, recoger no solamente los del vocabulario, sino lo que enseñan todas las obras de los hombres, las obras pintadas por ejemplo (y es probable que el estudio del realismo en la pintura del siglo XVI, lo que revelaría a la vez de la visión de los pintores y de los gustos de su público aportarían al debate abierto por Lucien Febvre respuestas diferentes, propondrían sin duda la idea no de un retardo de la vista sino de la incapacidad de las formas literarias para traducir con precisión los elementos visuales...) y, resignarse con anticipación a no poder captar una vez más, a través

de estos índices, sino la psicología de una élite restringida de los grupos más cultivados del cuerpo social.

Esta atención puesta en los mecanismos de la percepción lleva por fin al historiador de la mentalidad a aventurarse más profundamente todavía. Aunque los psicólogos contemporáneos dan menos importancia a las influencias de las condiciones biológicas que a las del medio cultural, es cierto que el comportamiento de los hombres, y especialmente lo que se refiere a las emociones y a la sensibilidad, está ligada al estado del cuerpo. Pero este último varía según los medios sociales y según las épocas. Es tentador, por ejemplo, relacionar la inestabilidad afectiva de los caballeros del siglo XII, sus bruscos saltos de humor, sus cambios tumultuosos de la risa a las lágrimas, las irrupciones de la cólera, con el relativo desequilibrio de su complexión, su alimentación más desordenada, una existencia física más contrastada y menos protegida contra los cambios del medio ambiente natural, del calor al frío, de la oscuridad a la luz. Y, agregaría, que una disposición particular de las edades de la vida, la costumbre de casar a las jóvenes a los doce años, de hacer entrar a los catorce años a los jóvenes en la compañía de los adultos no dejaba de tener su efecto en la organización síquica. De tal manera, la historia de las actitudes mentales se encuentra con la de la salud, llama, para ser menos coyuntural, a esta historia "que daría lugar a las aventuras del cuerpo", necesidad que ya mostraba Marc Bloch (*La Sociedad feudal*). Esta supone pues el estudio de la alimentación, de la higiene, de los regímenes de vida y encuentra aquí a la historia económica.

La información: educación y encuentros

El estudio de las mentalidades del pasado no puede tampoco asegurar su marcha sin apoyarse en una historia de la educación en un sentido muy amplio, es decir, de todas las comunicaciones entre el individuo y su entorno, de los medios por los cuales recibe los modelos culturales y por lo tanto, al comienzo, sobre una

historia de la infancia. Historia difícil, casi imposible, demasiado imperfectamente documentada, puesto que hasta épocas muy cercanas los adultos concedieron poco interés al niño. Y justamente una de las primeras investigaciones preparatorias debería tratar de delimitar con cuidado el lugar que se le daba a los jóvenes en el seno de la sociedad y en las representaciones colectivas. En estas perspectivas, la lenta conversión de la sensibilidad cristiana que, durante los siglos XII y XIII, se opera en dirección de los valores infantiles por la penetración progresiva de ciertos temas evangélicos, por el desarrollo de la liturgia de Navidad, la floración de leyendas alrededor del niño Jesús, aparece como uno de los movimientos de profundidad, una de las flexiones mayores de la historia mental cuyo examen minucioso se impone (ver las aproximaciones de un estudio como éste en la *Chrétienté et l'idée de croisade*, t. II, de Paul Alphonse Dupront). Se espera que estas investigaciones se muestren atentas, tanto como sea posible, a las situaciones sucesivas del joven, situado en primer lugar en su familia pero ¿cuál familia? ¿amplia o restringida? ¿abierta o cerrada? luego penetrando en esos "grupos de cooperación", que como lo ha mostrado J. Piaget, tienen tanto que ver con la formación síquica (*Pensée égocentrique et pensée sociocentrique* en "Cahiers internationaux de sociologie", 1951), finalmente algunas veces —pero ¿cuándo ¿a qué edad y por cuánto tiempo?— se compromete con un equipo de escolares. Es evidente que un estudio previo de las instituciones escolares, de sus estructuras, de sus métodos, de las nociones que quieren transmitir, de su equipamiento, de su implementación en la sociedad, lo que las liga a otros marcos, familiares, militares, religiosos, políticos es indispensable: se sabe todo lo que el conocimiento de las mentalidades de la antigüedad greco-romana debe a la *Histoire de l'éducation* de H. I. Marrou, y deseáramos poder disponer para cada época de elaboraciones tan ricas, a la vez balance de resultados adquiridos y de comienzos de investigaciones más profundas.

Pero las adquisiciones no se hacen solamente durante los años de juven-

tud y el adulto sigue estando sometido a las presiones culturales que también es conveniente medir. Lo que invita a examinar las ocasiones de encuentro y de contactos. ¿Estos hombres estaban arraigados o móviles? Se trata de mentalidades cerradas como la de los campesinos (más o menos cerrados: aún en nuestros días el pequeño propietario viticultor de las riberas de Macon recibe del exterior mucho más que el granjero de Bresse que, del otro lado del Saona, vive lejos de sus vecinos, en pleno bosque, al final de un camino pantanoso —y, según toda apariencia, en el siglo XIII, el horizonte en los grandes pueblos picardos debía ser singularmente más abierto que el de los pioneros roturadores que acaban de establecer su cabaña aislada en lo que queda aún de los "desiertos", Borbonense o selva jurasiana). Mentalidades cerradas al igual que la de los monjes —pero aquí, todavía encontramos matices, contrastes entre la total soledad cartuja y la acogedora hospitalidad benedictina. ¿O bien se trata por el contrario de medios psicológicos muy aireados que se benefician de esta permeabilidad propia del espíritu de aquellos que viajan mucho o que viven en las encrucijadas? Además, lo mismo que a la escuela, la historia mental debe prestar atención a todas las asambleas, a todas las ocasiones de reunión: ferias, peregrinaciones, campañas militares, carnavas de mercaderes —lo que fue la caserna para el recluta rural del siglo XIX— lo que fue para el caballero contemporáneo de Felipe Augusto la corte de su señor que, de distancia en distancia, lo ubicaba por algunos días en unas condiciones de vida menos mezquinas y cerradas, le ofrecía la ocasión de escuchar otro lenguaje, de llevar a cabo otros gestos, menos cotidianos, ser tocado también por informaciones del exterior, momentos de urbanidad, de "cortesía" en medio de una existencia generalmente rústica.

Finalmente, en el plano de la investigación de una historia verdaderamente psicológica, un amplio terreno debe reservarse al estudio de los medios de información, de los vehículos de lo que, a falta de un término más preciso, es necesario llamar la cultura. En la escuela, en los

diversos encuentros, las comunicaciones entre los individuos reunidos se establecían de diferentes maneras. En primer lugar por la palabra, naturalmente, y son entonces los relatos, las arengas, los sermones, de los que muchas veces se conservó el texto —pero entonces entran en juego las facultades de la atención, de percepción del auditorio. ¿Era numeroso? ¿Se dirigían a él en una lengua que le era familiar y directamente accesible? ¿Se tenían recursos para facilitar la penetración, de acompañamiento, de sostenes, el de los ritos o la música, el de la puesta en escena, del decorado? ¿Simple discurso o representación, teatro? Y se debe comprometer al historiador de las mentalidades a informarse de los trabajos de los sico-sociólogos que estudian las relaciones sociales de nuestro tiempo, las publicidades, las propagandas, materias de reflexiones fructíferas. El libro, es a la vez vehículo y conservatorio. Permanece y es en contacto con él —al tomarlo entre nuestras manos, al hojearlo— cuando podemos comprender la actitud psicológica de los hombres del pasado. Este documento mayor, exige evidentemente una investigación especial. Es necesario localizar las bibliotecas, inventariar su contenido, seguir su enriquecimiento progresivo que es el signo concreto de la infiltración de nuevas curiosidades y de conocimientos nuevos: que el Conde de Guines, señor del Norte de Francia haya hecho copiar y traducir en lengua romance para su gabinete de libros una recopilación de física curiosa en el siglo XII que las bibliotecas medievales habían heredado de la baja antigüedad, es uno de esos acontecimientos, fortuitamente registrados por un cronista inteligente, por los cuales se aclaran zonas de historia muy profundas (Lambert d'Ardres, *Monumenta Germaniae historica, Scriptores*, XXV). Además para ser completa y útil, la investigación no debe contentarse con los catálogos de las bibliotecas, que a menudo no están abiertas sino a raros privilegiados y de los cuales muchos estantes se quedan mucho tiempo cubiertos de polvo. Debe esforzarse por descubrir quiénes utilizan realmente estos libros, libros-tesoros como los de la Alta Edad Media o de tantos armarios de castillos, o bien verdaderos instrumentos del es-

tudiante, del jurista, del hombre de gabinete. Libros que uno mismo se fabrica, al copiar de otros para su propio uso o el de una comunidad, libros que un príncipe encargaba a algún artesano doméstico —o bien libros puestos en el mostrador y que cada cual podía comprar (pero ¿a qué precio?)—. Finalmente, cómo se leían estos libros? ¿En particular, en el silencio y la soledad? ¿En voz alta, por el contrario, para todo un grupo atento, como en una clase o en el refectorio de un monasterio, y con qué tono...?

Mitos y creencias

Abierta aún más ampliamente, la investigación debe finalmente interesarse por otros elementos que, unidos, permitan recrear “el universo, todo el universo psicológico, intelectual, moral”, recomponer “las representaciones que una colectividad histórica se forjaba del mundo, de la vida, de la religión, de la política” (Lucien Febvre, *Combats*). Se trata pues, esta vez, de inventariar los mitos, las creencias, los símbolos, en su lento, muy lento paso de una época a otra, en el movimiento que los desplaza a través de los diferentes grados de conciencia. En el curso de este largo camino, sus deformaciones, sus enriquecimientos, su progresiva esclerosis deben observarse muy minuciosamente y ponerse en relación con las pulsiones y las resistencias que vienen de marcos culturales, sociales y políticos, sin que se desdénen las influencias que ejercen también en esta evolución las condiciones materiales de la existencia, las técnicas, todos los instrumentos de los cuales dispone el hombre en sociedad. Pero estas representaciones colectivas no pueden alcanzarse sino por las imágenes, las expresiones que las fijan. Son ellas las que es necesario rastrear y despejar entre los vestigios del pasado.

He aquí primero todo el ritual, el que ordena las relaciones entre los hombres, lo que se refiere a la buena educación, a las conveniencias, al ceremonial: gestos, fórmulas, insignias, todo el conjunto de convenciones expresivas que hace penetrar

en las conciencias más herméticas una cierta imagen de la sociedad. Elemento fundamental de la educación, de esta información que el individuo recibe del grupo, puesto que el objetivo de la pedagogía más primitiva es en primer lugar aprender a comportarse en el mundo y a respetar las costumbres. Se trata aquí pues de un material todavía poco solicitado, sin embargo muy rico en enseñanzas, y sobre todo de gran abundancia, puesto que toda esta pompa, esta apariencia de las relaciones sociales es esencialmente pública, ostentosa, y ha marcado las fuentes más indigentes de huellas profundas. Se puede medir en las obras de P. E. Schramm consagradas a lo simbólico de la realeza medieval el extraordinario provecho de investigaciones sistemáticas de esta clase (*Herrschaftszeichen und Staatssymbolik*). Pero para ser completamente instructivos, éstas deben también comparar representaciones y realidad, confrontar símbolos, ritos y nociones que ellos mantienen en el grupo con las verdaderas relaciones que la distribución del poder, de la riqueza, del prestigio establecen entre los individuos. Así para la nobleza: cierta concepción se ha formado en el Occidente feudal, reuniendo, alrededor de la caballería un conjunto complejo de reglas morales, de prácticas religiosas, de privilegios jurídicos, de recuerdos literarios y de prejuicios; ahora bien, en el siglo XIII, la nueva disposición de las instituciones políticas y el movimiento de la economía, el repliegue de ciertas fortunas familiares, e inversamente el acceso de gente de bajo nacimiento a la riqueza y a la autoridad, propusieron una organización diferente de la jerarquía y de las relaciones sociales. Al historiador le corresponde el estudio de tales discordias y de conflictos entre lo que la terminología marxista llama infraestructura y superestructura, entre lo que Claude Lévi-Strauss llama órdenes “vivos”, aquellos “que se pueden abordar desde el exterior independientemente de la representación que de ello se hacen los hombres”, y los órdenes “concebidos”. (C. Lévi-Strauss, *Antropología Estructural*) es decir entre real y ritual.

Otra fuente de información, de más alto precio, pero cuya interpre-

tación exige más prudencia: los temas de la creación artística. Puesto que se trata de creación, es decir de elaboración de una materia que es recibida, pero igualmente transformada por el artista, y tanto más profundamente cuando su personalidad es más potente. Se establece pues un intercambio de reacciones entre el creador, prisionero de su educación, de su medio, de tradiciones ejemplares, del taller en el que trabaja y sin embargo poseedor de una parte de libertad —y el público, que lo hace vivir, pero cuyo gusto sus obras pueden modificar. En el desarrollo de este diálogo, el análisis puede reconocer ritmos diferentes, de corta o de larga duración: acontecimientos (son los choques provocados por la aparición de obras originales descubiertas y comprendidas poco a poco por círculos de amateurs cada vez más amplios) y estratos estructurales (todos los lugares comunes, los remanentes, los tópicos, los estribillos). Acontecimientos, por ejemplo, la nueva inflexión impresa a la novela cortesana por Chrétien de Troyes anciano al componer su *Parsifal*, las conmociones que determinó esta iniciativa entre los raros iniciados en la literatura de vanguardia, y que poco a poco se propagaron en ondas que se superponían y chocaban con el eco de otras novedades; —estructura, por el contrario, lo que las ondas agitaban, es decir las representaciones morales y religiosas, una cierta concepción del amor que, por intermedio de la noción de *amicitia*, que los clérigos humanistas habían vuelto a encontrar en Cicerón, participaba de esta herencia de la literatura latina asimilada por la cristiandad medieval, de la cual E. Curtius mostró la importancia en la constitución del alma europea (*Literatura Europea y Edad Media Latina*. Fondo de Cultura Económica. México 1975, 2 tomos).

Se ve todo el interés de los repertorios de temas iconográficos (no es necesario insistir en el progreso considerable que las investigaciones de Emile Mâle han realizado, hace más de medio siglo, en el conocimiento de la civilización medieval). A condición, sin embargo, de que estos inventarios no den más lugar a las innovaciones y a los préstamos que a las reminiscencias, acechar el pri-

mer brote de la novedad, desdeñando lo que permanece, conduce en efecto a las ilusiones de óptica más peligrosas de las que está amenazado el historiador. Porque los esquemas convencionales, que se transmiten las generaciones, son los que primero recibe el público, más o menos conscientemente porque son los más familiares, los más legibles, y son ellos los que mantienen enraizadas las imágenes dominantes de una mentalidad. La historia de los comportamientos psicológicos se interesa también por el repertorio de todos los temas manejados por los literatos, los cantantes, los predicadores, los oradores políticos, los periodistas —así como por los sabios, puesto que las ciencias tienen igualmente sus esquemas, de los que se liberan por sacudidas. Pero a propósito de cada imagen y de cada tema la pregunta sigue planteada: ¿para quiénes eran comprensibles? Preguntémoslos, por ejemplo, quién podía descifrar los símbolos que Suger quería ver representados en el pórtico de la abadía de Sain-Denis en los vitrales del coro, en las piezas de orfebrería que adornaban el altar. ¿Era la multitud de fieles o bien solamente algunos iniciados los que, por la meditación de la Escritura y de los Padres, habían almacenado en su memoria un número suficiente de imágenes de referencia y que se habían acostumbrado al mismo tiempo a la labor de la interpretación analógica? Y qué apasionante historia aquella de la vulgarización de los grandes temas, de su introducción progresiva en la conciencia de las masas, por la escultura monumental o el ordenamiento de las ceremonias, por la estampa barata o el almanaque, la endecha popular o el cine.

Investigaciones como éstas prepararían la vía al estudio histórico, en el nivel de la larga duración, de las reglas y aspiraciones morales. Pensemos por ejemplo, en esta lenta impregnación de la cristiandad de Occidente por la idea de pobreza penetrando poco a poco en las multitudes en los siglos XI y XII, venida de los medios monásticos y propagada a menudo por predicadores vagabundos heterodoxos, amplia aspiración colectiva que vino a mezclarse, para enriquecerla, al gran mito de la cruzada, sobre la cual Paul Al-

phandéry y Alphonse Dupront describieron las expresiones sucesivas (*la Chrétienté et l'idée de croisade, les Premières croisades y Recommandations nécessaires* XII^o - XIII^o siècles). Y, subrayémoslo, este deseo se volvió progresivamente más consciente a medida que nuevas fórmulas y nuevas imágenes fueron dadas a conocer en réplica a la espera y a la insatisfacción de las masas, por algunas fuertes personalidades creadoras. Estas investigaciones tornarían también menos incierta una historia verdadera de las filosofías —y no ya de los filósofos—, que no aislarían los sistemas de pensamiento de su entorno cultural y afectivo y que mantendrían “abierta siempre, una puerta de comunicación, por donde un mundo de ideas pudiera retomar en nuestros espíritus el contacto que tenía naturalmente con el mundo de realidades —cuando vivía” (L. Febvre a propósito de E. Gilson, *La Philosophie au Moyen Age—, Combats*). Investigaciones como ésta beneficiarían también a una historia del derecho, que no estaría separada de las creencias y de los sentimientos colectivos. La historia de las mentalidades abordaría por fin el estudio de los sistemas del mundo, las respuestas que las sociedades han dado sucesivamente a la pregunta permanente del hombre a propósito del universo que lo rodea y de su destino, —diversas respuestas, cambiantes, tranquilizadoras o que prolongan la espera— y que modifican a su vez el tono general de las mentalidades de grupo. Lucien Febvre se preguntaba en efecto (*Rabelais*) si la confusión, la emotividad más viva de ciertas épocas no procedía de una inquietud, de un desequilibrio, de la inseguridad consecutiva al cuestionamiento de los datos cosmológicos o teológicos tradicionales, no correspondía a un tránsito, al derrumbamiento de un sistema del mundo envejecido y a la laboriosa reconstitución de uno nuevo.

Estas son algunas de las vías que se abren ante una investigación histórica verdaderamente preocupada por la psicología y que, dando la espalda a la primitiva explicación de los acontecimientos por la psicología, tomaría, por el contrario, por temas de su principal atención los mecanismos intelectuales, los sentimien-

tos, los comportamientos de los hombres que nos precedieron. Llamémosla historia de las mentalidades. “A la vez extremadamente seductora y terriblemente difícil” (Lucien Febvre, *Combats*), pasaría y volvería a pasar necesariamente como invitan los psicólogos, de los individuos a los grupos. Se puede pues esperar de ella estudios biográficos más exactos, menos dependientes de los prejuicios de sus autores. Pero ella debe sobre todo, al encontrar la historia de las ciencias y de las técnicas, sostenerlas y enriquecerlas, y nutrir una historia social que no estaría ya asociada solamente a la economía, sino, que se volvería mucho más rica y más profunda.

BIBLIOGRAFIA

Estudios de método

- M. Bloch, *Apologie pour l'histoire, ou métier d'historien*, París, 1949 (Hay traducción castellana).
- O. Brunner, *Neue Wege der Sozialgeschichte*, Göttingen, 1956.
- L. Febvre, *La Psychologie et l'histoire*, en “Encyclopédie française, tomo VIII, París, 1938.
- L. Febvre, *La Sensibilité dans l'histoire*, en “Annales d'histoire sociale”, París, 1941.
- L. Febvre, *Histoire des sentiments. La terreur*, en “Annales E. S. C.”, París, 1951.
- L. Febvre, *La Mort dans l'histoire*, en “Annales E. S. C.”, París, 1952.
- L. Febvre, *Le Sentiment de sécurité*, en “Annales E. S. C.”, París, 1956.
- L. Febvre, *Sorcellerie, sottise ou révolution mentales*, en “Annales E. S. C.”, 1948.
- L. Febvre, *De la peu pres a la précision*, en “Annales E. S. C.”, París, 1950.
- P. Francastel, *Sociologie de l'art, en Traité de sociologie*, publicado bajo la dirección de P. Gurvitch, tomo III, París, 1959. (Hay traducción castellana).

Algunos ejemplos de estudios de las mentalidades del pasado.

M. Bloch, *La Sociedad feudal*, México 1958.

L. Febvre, *Un destin, Martin Luther*, París, 1928. (Hay traducción castellana).

L. Febvre, *Le Probleme de l'incroyance au XVI^e siecle, La religion*

de Rabelais, París, 1942. (Hay traducción castellana).

L. Febvre, *Autour de l'Heptaméron: amour sacré, amour profane*, París, 1944.

Huizinga, *Le Déclin du Moyen age* trad. francesa, París, 1948. (Hay traducción castellana).

G. Lefebvre, *La Grande peur*, París, 1932 (hay traducción castellana).

A. Saponi, *Le Marchand italien au Moyen age*, París, 1952.

M. Wandruska, *Der Geist der französischen Sprache*, Hamburgo, 1958.